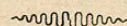


tra frialdad, el olvido en que vivimos de nuestro Dios, á quien hemos perdido por el pecado sin hacer esfuerzo alguno para hallarlo. Por eso levanta su corazon al cielo y exclama con el profeta: «sobre mí descargásteis todo vuestro furor, etc.» *Super me confirmatus est furor tuus, et omnes fluctus tuos induxisti super me.*

Pidámosla, mis amados, que nos infunda este santo amor, que nos haga sensibles al par que humildes, solícitos y celosos de la joya preciosa de la inocencia, y que, si por desgracia la hubiéramos perdido, nos esforcemos para recuperarla, buscando á nuestro Dios y siguiendo su ley santa en vida, para que podamos gozarle en la mansion de los bienaventurados, por los siglos de los siglos.—AMEN.

TERCER DIA.

DESPEDIDA DE JESUS DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN.



*Super me confirmatus est
furor tuus, et omnes fluctus
tuos induxisti super me.*

Psalm. 87, v. 8.º

¿Por qué lloras, afligida Raquel? ¿Por qué haces resonar con tus gemidos los elevados montes de Efrata y de Ramá? ¿Por qué se ha convertido tu hermosura en palidez mortal? ¿Cuál es la causa de tu dolor? Es verdad que tus hijos han sido arrancados de tu mismo seno... una mano cruel no respetó siquiera el seno materno... y yacen despedazados por las calles y plazas de Belen. ¡Ah! justo es tu sentimiento, pero débil y pasajero á vista del lastimoso suceso que se presenta hoy á nuestra consideracion. Hé aquí que desde los cielos ha sido pronunciada una voz de perdicion y de anatema, y esta voz ha

:

llegado hasta la tierra. Sonó la hora, y va á ser revelado al mundo el misterio escondido, objeto y término de todos los deseos, asombro de todos los siglos. Sonó la hora, y el Santo de los santos se despide ya de su querida Madre, y deja su humilde retiro de Nazaret, y vendido como vil esclavo, y abandonado de todos, y rasgadas sus espaldas con duros azotes, y coronada su cabeza de agudas espigas, va á ser sacrificado sobre un patíbulo de malhechores. No es un misterio sólo el que celebramos hoy, sino un cúmulo de prodigios que concurren para hacer sublime y admirable la solemnidad de este día. Oid.

Ya se habian cumplido los vaticinios de Isaías, de Habacú, de Zacarías y de Daniel. Cuarenta siglos de esperanzas, de expiaciones y de sacrificios habian trascurrido ya, y el Mesías esperado de las naciones, Jesucristo nuestro Salvador, aparece en medio de Judea, cubriéndola de prodigios. Pero se acerca el término de la mision sublime, del admirable sacrificio predicho por los profetas, y antes se presenta á su querida Madre para anunciarla que es llegado ya el tiempo prefijado en los consejos eternos, y va á ser sacrificado ya por la salud del mundo; y allí, estrechándose mutuamente llenos de dolor, se despide nuestro divino Salvador de su afligida Madre. ¡Qué tierno es este espectáculo, señores! Entonces la desconsolada María recuerda la funesta profecía de Simeon, y se representa todos los tormentos y

amarguras de la pasion de su amado, y entonces, poseida de dolor, exclama con el profeta: «sobre mí se ha descargado, etc.» *Super me, etc.* Ved aquí, mis amados, el objeto de nuestra meditacion en este día. Muy tierna es esta materia, bastante á conmover el corazon más insensible.

Bien sé, mis amados, que la sagrada Escritura calla este paso amargo de la vida de la Santísima Virgen; que nada nos dicen los evangelistas, cuando todos, con especialidad San Lucas, nos refieren las circunstancias más menudas de la infancia, pasion y muerte del Salvador. Pero hay verdades, señores, que se dejan entender por sí mismas, aun cuando no se expresen de un modo terminante; tal es la que hoy nos ocupa, verdad que persuade el sentido comun, que garantiza la piedad de nuestros antepasados desde los más remotos siglos, la práctica de muchas iglesias particulares, el testimonio de varios santos Padres, entre todos de un modo particular el doctor seráfico San Buenaventura; «Jesus, dice en sus meditaciones sobre la vida de Cristo, hablando á solas con su querida Madre, le hizo presente que muy pronto seria privada de su vista:» *seorsum colloquens cum ea, et copiam ei suæ præsentia præbens, quam in brevi substracturus erat ab ea.*

Me esforzaré, pues, para daros una idea, siquiera escasa, del dolor de la desconsolada María al separarse de su amado Hijo, que va á ser sacrificado por la salud del mundo. Y siguiendo el camino que nos

marca hoy con su ejemplo esta triste Madre, os exhortaré por vía de reflexion moral, á que nos resignemos en la voluntad del Señor en las aflicciones y tribulaciones de la vida.—AVE MARÍA.

*Super me confirmatus est
furor tuus, et omnes fluctus
tuos induxisti super me.*

Psalm. 87, v. 8.º

Experimenta alguna vez el hombre, señores, impresiones tan fuertes, tan profundas y vehementes, que la lengua no acierta á expresar. Nuestro entendimiento limitado no puede soportar alguna vez todo el peso de sus ideas, y se confunde, y se anonada en mil y mil alternativas de admiracion, de temor, de ternura. Hé aquí lo que me sucede en este momento al contemplar el misterio de este día. Dotado, señores, de un corazon sensible, yo me confundo y lleno de asombro á vista de ese tierno espectáculo que se representa hoy en una humilde y escondida habitacion de Nazaret. Allí una triste Madre, pobre, abandonada y desconocida de los suyos, destituida de todo recurso humano, vive sola con el Hijo que ama, único objeto de su cariño y único solaz en su horfandad y desconsuelo. Y esta triste Madre será privada del Hijo de sus entrañas; él mismo se despi-

de hoy y sale para cargar sobre sus hombros un leño de maldicion é infamia, y morir en él como malhechor. A vosotras me dirijo principalmente, madres de familia, porque vosotras sois las que podreis comprender de algun modo el dolor de la Santísima Virgen cuando se despide de su amado Jesus.

Porque ningun amor humano, señores, es comparable al amor de una madre. Todo cuanto nosotros podamos inventar y comprender, es una sombra. Un desgraciado colmado de bienes por una mano generosa, que besa inundado en lágrimas de gratitud... mucho más es el amor de una madre. Un amigo que no vive para sí, que quiere ser todo del objeto que ama... Cuidado, señores, que no hablo de esos héroes de novela. ¡No!... ¡no permita Dios que se abran mis lábios jamás para profanar este sitio santo!... Además, yo me glorío de que en mi auditorio no habrá uno siquiera que malgaste su tiempo en la lectura de esos sueños de la imaginacion desordenada. Hablo de una amistad pura y santa; de esas amistades humanas que llama el sábio un tesoro... mucho más el amor de una madre. Dos esposos unidos con el vínculo santo de la virtud, cuyo fin, cuyos corazones, deseos y pensamientos, son uno solo... más, mucho más el amor de una madre. Ella misma no sabe apreciarlo ni comprenderlo.

La Santísima Virgen era una Madre, y por su educacion, por su carácter, por su candor é inocencia, una Madre la más tierna; sola y abandonada de

todos, sin más consuelo en su horfandad que su amado Jesus; instruida en el plan augusto de la Redención, mejor que Isaías y los profetas, sabia muy bien quién era el Hijo que iba á perder para siempre, la horrible muerte que habia de sufrir, la crueldad y la ingratitud de los hombres. ¡Ah! hé aquí el amor de una madre, grande en sí mismo, revestido de tales circunstancias, que lo elevan á una altura imposible de comprender.

Trasladémonos, pues, en espíritu, conducidos por el citado seráfico doctor San Buenaventura, á la ciudad de Nazaret, á la humilde morada de la purísima María, y veamos lo que allí pasa.

«Era la tarde del miércoles, dice susodicho santo Padre: el Salvador habia cenado con sus discípulos en la casa de Marta y María, hermanas de Lázaro. Y estando tan próximo el día de Pascua, la Magdalena y la Santísima Virgen le suplicaron se quedase con ellas para celebrarla juntos. Entonces el Salvador conmovido les dice: «Se llegaron al fin los momentos prefijados en los consejos eternos, y me es preciso volver al que me ha enviado, por el camino, empero, de las humillaciones y la Cruz. Es preciso que sea escupido, azotado, blasfemado, coronado de punzantes espinas, y muerto, al fin, en un patíbulo de facinerosos. Voy á ser inmolado al furor de los judíos, en expiación de los pecados del mundo.» Y entonces la tiernísima María conoce que ha llegado ya el término fatal, y estrechando contra su pecho al

amado de sus entrañas: «¡Oh, hijo mio, exclama, si posible fuera satisfacer de otro modo la justicia irritada del Altísimo! Todo lo puede su mano omnipotente, pero hágase siempre su voluntad santísima.» Hasta aquí San Buenaventura.

Y ¿á quién podrá ser comparada esta triste Madre en su aflicción? ¿Acaso con Jacob al oír la infausta nueva de que una fiera habia devorado á su querido José, y que seria conducido al sepulcro sin volver á estrecharlo entre sus brazos? ¿Con el pueblo cautivo de Israel, cuando oprimidos por un rey bárbaro y cruel que no conoce su Dios, colgaban sus instrumentos músicos de los sauces que cubren la ribera del Eufrates, llorando inconsolables en los dulces recuerdos de su amada Sion? No; María es una Madre la más tierna; su amor no es comparable con ningún otro amor, su dolor, por tanto, carece de límites.

Yo me la representó, señores, sola y separada de su amado Jesus, en lo más escondido de su pobre habitacion, sumergida en altísima oración, contemplando la separación de su querido Jesus, con todas sus consecuencias, á cual más amargas. Su ardiente imaginación allí le recuerda la tierna despedida de Isaac de su desconsolada madre, sabedora, según el P. San Agustín, de la voluntad del Señor, cuando sale para el monte Moria, donde iba á ser sacrificado por su mismo padre como holocausto de su fé y de su obediencia. «Sara, dice el citado santo Padre, despide llorando á su amado Isaac, que sale para el